

directores de la Compañía de las Indias Orientales me eligieron miembro del Consejo Supremo. Será, pues, menester que dentro de unas semanas, diez á lo sumo, abandone este país por unos cuantos años.

Sería vana afectación en mí pretender ignorar que mi concurso sea de alguna importancia para la *Revista de Edimburgo*. En la situación en que ahora voy á encontrarme, será de alguna importancia para mí conservar mis relaciones con la *Revista*. Sé bien cuán peligroso es para un hombre público apartarse totalmente de las miradas públicas. Durante una ausencia de seis años, corro algún riesgo de perder mucho de la reputación literaria y política que he adquirido. Como medio de conservar mi nombre en la memoria de mis compatriotas durante mi estancia fuera, la *Revista* será inapreciable para mí; y no sospecho que haya la menor dificultad en que yo continúe escribiendo para usted, tanto, por lo menos, como antes. He dado vueltas en el pensamiento á mis últimos artículos, y á duras penas recuerdo una sola frase que no hubiera podido escribir en Calcuta tan fácilmente como en Londres. Quizá en la India no hubiese tenido medios de descubrir dos ó tres de las fechas falsas del Boswell de Croker. Pero á eso se reducirá todo. Muy poco ó nada del éxito que han conseguido mis artículos más populares, se debe á investigaciones minuciosas, hechas en libros raros ni á alusiones á meros temas del día.

Opino, pues, que podemos establecer con facilidad un comercio mutuamente beneficioso. Yo desearé recibir todos los libros buenos que vean la luz en esta parte del mundo. Muchos, que en sí sean de poco valor, y que si yo estuviese en Inglaterra no consideraría dignos de leer, serán interesantes para mí en la

India, exactamente del mismo modo que los chafarri-
nones más comunes y los cacharros más toscos de Pompeya atraen la atención detenida de personas que no moverían los ojos para ver una muestra pintada ó una olla moderna. La distancia en el espacio como en el tiempo, da valor á lo insignificante.

Lo que propongo, pues, es que usted me pague los artículos que le envíe desde la India, no en dinero, sino en libros. En cuanto al importe, no pongo condiciones. Sabe usted que nunca he disputado sobre tales cosas. En cuanto á la elección de libros, forma de enviarlos y demás particulares, tendremos tiempo de sobra para discutirlos antes de mi marcha. Usted me dirá si está dispuesto á hacer un trato sobre esta base.

No he olvidado á Chatham en medio de mis ocupaciones. Espero mandarle á usted un artículo sobre él á principios de la semana que viene.

Siempre sinceramente suyo,

T. B. M.

*Del muy honorable Francisco Jeffrey
A Macvey Napier, Esquire.*

24, Moray Place.

Sábado por la noche, 7 de Diciembre.

Mi querido Napier: Le agradezco mucho el permiso de leer ésta. Le confesaré que es para mí un anuncio solemne y triste. Quizá no debo considerarlo así; pero no puedo remediarlo. Yo no estaba preparado para seis años, y he de esperar aún que no sea tanto. A mi edad, y con aquel clima para él, ese plazo pone

en terrible peligro la eventualidad de que volvamos á vernos. Él no conoce toda la extensión del daño que su separación puede traer á la gran causa del gobierno liberal. Sus ofrecimientos respecto á la Revista son generosos y gratos, y deben ser particularmente satisfactorios para usted. Creo que, si puede usted, debe tratar de verle antes de que se marche, y yo envidio á usted la entrevista.

Siempre muy sinceramente suyo,

F. JEFFREY.

A Ana M. Macaulay.

Londres, 21 de Diciembre de 1833.

Mi querida hermana: Ayer comí en casa de Boddington. Tuvimos gente muy agradable. Duncannon, Carlos Grant, Sharp, Chantrey el escultor, Bobus Smith y James Mill. Mill y yo nos tratamos muy amistosamente; encontré muy grata su compañía, y me parece hombre de una cultura más general de lo que yo me había imaginado.

Bobus estuvo muy ameno. Es una gran autoridad en cosas de la India. Fué durante varios años procurador general en Bengala, y allí hizo toda su gran fortuna. Le pregunté acerca del clima. Nada hay más agradable —dijo— excepto en Agosto y Septiembre. En su vida comió ni bebió tanto. La verdad es que su aspecto hace honor á Bengala, porque hombre más sano á su edad jamás le he visto. Hablamos de los gastos. «Yo no puedo concebir —dijo— que haya quien pueda vivir en Calcuta con menos de tres mil

libras anuales, ni quien pueda gastar más de cuatro mil.» Hablamos de los insectos y de las culebras, y dijo una cosa que me hizo acordarme de su hermano Sidney: «Haga usted siempre por tener á su mesa algún joven amanuense ó cadete rollizo y lozano, para que le piquen los mosquitos y dejen en paz á los demás.»

Estuve con Jorge Babington en el *Asia*. Le vimos en la ocasión más desfavorable, todo en desorden y confusión; pero es un hermoso barco, y nuestros camarotes estarán muy bien. El capitán me gusta mucho. Es un hombre de cuarenta años, fino, agradable é inteligente, y de muy buen aspecto para las tormentas y cambios de clima por que ha pasado. Me recomendó mucho que pusiésemos poco ajuar en nuestros camarotes. Le dije que el tuyo le quería arreglado lo más atractivamente que fuese posible sin mirar al gasto. Me ha prometido halajarle de una manera sencilla, pero con gusto; y cuando tú le veas, si te ocurre alguna cosa que añadir, se añadirá. Yo no economizaré para hacerte un lindo *boudoir*. No puedes figurarte lo que te alaban mis amigos de aquí. Eres lo que se llama la heroína de sir James Graham.

Hoy he almorzado con Sharp, que no puede ser más bueno para mí. En general, todos mis amigos no pueden estar más amables. Tengo doble número de invitaciones del que puedo aceptar; y frecuentemente me han pedido que designe los comensales con quienes deseo reunirme. A pesar de estar vacío Londres, nunca me vi tan asediado de invitaciones. Sharp me preguntó por tí. Le dije lo mucho que sentía no haber tenido nunca ocasión de enseñarte la parte mejor de la sociedad de Londres. Me respondió que él se cuidaría de que vieses lo más digno de verse antes de nues-

tra marcha. Me prometió darnos unos cuantos almuerzos y comidas, donde verás todo lo que él pueda reunir de las mejores calidades: Rogers, Luttrell, Rice, Tomás Moore, Sidney Smith, Grant y los demás grandes talentos y políticos. Me alegro mucho de eso; tanto porque tú te distraerás y recrearás en momentos en que necesitas tener ocupado el espíritu, como porque ha de servirte para la India el rozarte un poco con un círculo tan brillante. Tú has desatendido, y muy justa y juiciosamente, los talentos frívolos; no has estado en centros de recreo elegantes, y por consiguiente, es muy de desear que te presentes entre las señoritas de Calcuta, que bailan, que tocan el piano y van á la ópera, como una joven que ha visto una sociedad mejor que todas las que ellas puedan haber frecuentado. Espero que no desaprobárs lo que he hecho. Acepté muy gustoso por ti el ofrecimiento de Sharp.

Siempre tuyo,

T. B. M.

A Ana M. Macaulay.

Londres, 2 de Enero de 1834.

Mi querida hermana: Estoy ocupado con un artículo para Napier (1). No puedo decir ni remotamente al presente si me gustará ó no. Sale con gran facilidad; y en general he notado que el éxito de mis trabajos es proporcional á la facilidad con que han sido escritos.

(1) El primer artículo sobre lord Chatham.

Tuve una escena muy extraordinaria con lady Holland. Si hubiese sido tan joven y hermosa como hace treinta años, me hubiera trastornado la cabeza. Se puso completamente histérica con mi marcha; me tributó elogios que no puedo repetir; lloró; desvarió; me llamó querido, querido Macaulay. «Usted se sacrifica á su familia. Lo veo bien. Usted es demasiado bueno para ella. ¡Siempre están haciendo de usted un instrumento: en la última legislatura, respecto á los esclavos; y ahora enviándole á usted á la India!» Hago siempre cuanto puedo por dominarme con lady Holland por tres razones: porque es mujer; porque es muy desgraciada en punto á salud y á las circunstancias de su posición, y porque tiene verdadera bondad para conmigo. Pero á lo último dijo algo acerca de ti. Eso era ya demasiado; y empezaba á responderla con voz trémula de cólera, cuando prorrumpió de nuevo: «Le pido á usted perdón. Le ruego que me perdone, querido Macaulay. He estado muy impertinente. Yo sé que usted me perdonará. Nadie tiene la consideración que usted. Lo he dicho mil veces. Se lo he dicho á Allen esta misma mañana. Estoy segura de que usted sufrirá mis flaquezas. Yo no volveré á verle á usted nunca»; y lloró, y á mi se me apagaron los fuegos, porque hubiese servido de bien poco enojarse con ella. Me dicen que no es conmigo sólo con quien se despacha de esa manera, sino que se desata contra los ministros por dejarme ir. Me han contado que en una comida estuvo tan violenta, que el mismo lord Holland, cuyo temperamento, diga lo que quiera su mujer, es más sereno que el mío, no pudo contenerse y exclamó: «¡No diga usted tales despropósitos, señora! ¡qué diablos! ¿Puede usted decir á un caballero, que tiene derecho sobre nosotros, que debe perder

la única ocasión de conquistarse una posición independiente para que pueda venir á conversar con usted una noche?

Adiós, y procura no ser tan apasionada de tu albedrío como lady Holland. Ahora es mi deber no perdonar ocasión de darte buenos consejos. De aquí en adelante soy tu único tutor. He comprado los *Deberes de las mujeres* de Gisborne, las *Fábulas para el sexo femenino* de Moore, las *Mujeres de la Escritura* de Mrs. King y los *Sermones* de Fordyce. Con ayuda de estos libros pienso llenar mis deberes en nuestro viaje y en la India.

Siempre tuyo,

T. B. M.

A Ana M. Macaulay.

Londres, 4 de Enero de 1834.

Mi querida hermana: Ahora ando comprando libros—no libros insignificantes de los que sólo resisten una lectura, sino libros buenos para una biblioteca.—Echo el ojo á todos los puestos, y no volveré á permitir que me obligues á pasar delante de ellos sin pararme, cuando paseemos juntos por Londres, como solías hacer. Haz el favor de poner en una lista los que tú desees. La provisión para el viaje será: Richardson, las obras de Voltaire, Gibbon, *Historia de los franceses* de Sismondi, Davila, el *Orlando* en italiano, el *Quijote* en español, Homero en griego, Horacio en latín. Debo llevar también algunos libros de jurisprudencia, y otros para iniciarme en el persa y en el indostani. ¿Compraré *Dunallan* para ti? Creo que á

tus ojos valdría por todo lo demás. Pero, en serio, dime lo que desearías que adquiriese.

Ellis está haciendo una pequeña colección de clásicos griegos para mí. Sharp me ha dado uno ó dos libros muy raros y preciosos, que yo deseaba mucho. Se están encuadernando todas las *Revistas de Edimburgo*, de modo que tendremos una colección completa hasta el número próximo que traerá un artículo mío sobre Chatham. Y esto me recuerda que tengo que cesar de escribirte y ponerme al artículo. Me inclino á creer que será bueno.

Siempre tuyo,

T. B. M.

Londres, 13 de Febrero de 1834.

Querido Napier: Es cierto que he pasado muy mal de salud las últimas semanas; pero voy reponiéndome rápidamente, y todos mis consejeros facultativos me aseguran que una semana de mar me pondrá mejor que nunca.

Tengo en la cabeza varios asuntos. Uno es la *Historia* de Mackintosh; me refiero al fragmento de la obra grande. Otro proyecto que tengo es muy hermoso, si saliese bien. Creo que ha llegado el momento de poder apreciar debidamente el valor intelectual y moral de Voltaire. Pasó la veneración extremada con que fué mirado en vida; se ha extinguido la reacción violenta siguiente; el mundo, á mi juicio, está dispuesto ahora á oír la verdad y á ver al hombre tal y como era: una mezcla extraña de grandeza y pequeñez, de virtudes y vicios. Tengo todas sus obras, y las llevaré durante el viaje. Pero mi biblioteca no es